

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

Políticos entre Mentirosos y Ladrones. Modelos Políticos y Modelos de Organización Barrial; Los Casos de Chile y Ecuador.

Ton Salman.

Cita:

Ton Salman. (1998). *Políticos entre Mentirosos y Ladrones. Modelos Políticos y Modelos de Organización Barrial; Los Casos de Chile y Ecuador. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/135>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/ysn>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Lin, Nan

1999 "Sunbelt Keynote Address: Building a Network Theory of Social Capital" *Connections* (22:1):28-51

Putnam, Robert D.

1993 *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy.* (with Robert Leonardi and Raffaella Y. Nanetti.) Princeton, NJ: Princeton University Press

PNUD 1998

Informe de Desarrollo Humano. Chile 1998. Santiago: Naciones Unidas

Roberts, Bryan

1991 "Household Coping Strategies and urban Poverty in a Comparative Perspective" Pp. 135-68 en *Urban Life in Transition*, editado por Maarc Gottdiener and Chris Pickvance. Newbury Park: Sage

Wasserman, Stanley & Faust

1994 *Social Network Analysis. Methods and Applications* NY: Cambridge University Press

Raczynski, Dagmar & Claudia Serrano

1985 *Vivir la pobreza.* Santiago: CIEPLAN

Políticos entre Mentirosos y Ladrones

Modelos Políticos y Modelos de Organización Barrial; Los Casos de Chile y Ecuador

Ton Salman

1. Introducción

Los pobladores de Chile y de Ecuador, con las mismas ganas, echan pestes y maldiciones hacia sus políticos. En mi trayectoria de entrevistador de pobladores en Santiago, Chile, y Quito, Ecuador, he podido constatar que es una de las preguntas más gratificante: "¿Que opinan sobre los políticos?" Páginas y páginas de transcripciones de entrevistas grabadas fueron el resultado. Que los políticos no se hacen muchas ilusiones: por lo general, son unos *huevones*. Sin embargo, más interesante era que en Chile y Ecuador usan palabras distintas. Palabras que, así voy a tratar de argüir, no solamente reflejan la riqueza de la idiosincrasia verbal de los clases populares de los dos países, sino que refieren a acusaciones distintas, a experiencias en el espacio cívico distintas, y se dirigen a deficiencias distintas que caracterizan, en los ojos de los pobladores, a los políticos.

En Ecuador, los tacos e injurias más usadas son *ladrones*, *rateros*, *llenar-bolsillos*, y *ricos*. En Chile, también se escucha estas calificaciones, pero, a mi juicio, las palabras que predominan son *mentirosos*, *sinvergüenzas*, y *gente bien*, o *cúpulas*. Siempre es difícil

calificar y rubricar este tipo de expresiones, pero me atrevo a decir que en Ecuador predomina la acusación de delincuencia, o sea robo, mientras que en Chile predomina la calificación de élite-embustera-que-no-tiene-idea. En Ecuador entonces predominan acusaciones de rapiña, en Chile de encopetado y distancia. Además, llama la atención que tanto en Chile como en Ecuador se escuchaba que "todos los políticos (y partidos) son iguales", sin embargo en Ecuador se escuchaba esto mucho más.

¿Qué significan estas diferencias? ¿Son solamente parte de un discurso urbano-popular que refleja nada más que diferencias coincidentales? Lo dudo. ¿Repetición de lo que dice la prensa local? ¿Pero desde cuándo es la prensa el autor exclusiva de creencias populares? O tal vez ¿hice mis preguntas un poco distintas, influyendo las respuestas? Tal vez un poco; ha allí las debilidades y cuestionabilidades de investigaciones cualitativas. Pero puede ser otra cosa también: ¿sería que en Ecuador los políticos roban más que mienten, y en Chile al revés? Yo creo que por allí anda la cosa.

En lo que sigue voy a tratar de explicar que tradiciones y quehaceres políticos específicos dejan huellas en cómo sectores societales, y en este caso los pobladores

urbanos, perciben del mundo cívico y político, y perciben cómo se podría tratar de influir este mundo político a través de organizaciones y acciones colectivas. En otras palabras: arguir como un 'estilo político-estatal' no solamente influye estrategias y tácticas de acción colectiva, pero influye también la cultura societal, y la cultura de sectores sociales. Nociones como ciudadanía, derechos, integración, subjetividad e identidad, y la percepción de ser o no titulares de ayuda o asistencia, o ciudadanos, son co-constituídos por prácticas y tradiciones del comportamiento estatal (Schild 1998: 95), porque estos componen el marco significativo en el cual se distingue derechos de 'irracionalidades' y 'ilegalidades', y probabilidades de inconsejilidades.

En primer lugar, quiero presentar un esbozo de características de la institucionalidad y quehaceres políticos en los respectivos países. No es mi intención hacer un análisis exhaustivo de los sistemas políticos, ni mucho menos meterme en debates conceptuales sobre, por ejemplo, el 'Estado de Compromiso' o el clientelismo y populismo⁽¹⁾, respectivamente. Más bien quiero describir a grandes rasgos como, cotidianamente, funciona para la gente el mundo político y público, que consecuencias tiene para la interacción social diaria, y como perciben los pobladores el funcionamiento de lo político.

Luego, trataré de reconstruir qué consecuencias en términos de su percepción de posibilidades de demandar cosas esto ha tenido en los pobladores de Chile y Ecuador, y qué consecuencias tuvo ello para la preferencia de modelos específicos de relacionarse con el universo político.

Finalmente, quiero reflexionar sobre cuáles cambios se ha dado en ambos países en los últimos años, y que problemas han tenido los pobladores con adaptarse a estos cambios.

Antes de entrar en esta exposición, me gustaría aclarar algunos elementos contextuales en cuanto a la pretensión del argumento. En primer lugar, quiero destacar que no pretendo vincular la emergencia de distintos modelos organizativos exclusivamente a patrones políticos en los dos países. En la formación de organizaciones barriales o, tal vez, movimientos sociales, hay mucho más factores en juego que solamente la interacción entre patrones políticos y las percepciones sobre ellos de parte de los pobladores.

Trataré de conceptualizar el concepto de cultura en esta

exposición de manera instrumental para mi argumento: cultura es una serie de prácticas, rutinas y creencias que distingue, y que a la vez une a antagonistas políticos. Es lento y no-disponible a los actores en enfrentamientos políticos, pero también está en juego en estos enfrentamientos. Es algo que nos puede ayudar a entender el cómo y porqué de formas específicas de acción colectiva, pero no como un super-explanandum, detrás del cual se esconden todas las razones.

Además, quiero concentrarme en una sola pregunta, que involucre a la cultura sin la necesidad de teorizarla exhaustivamente: cómo historias vividas por sectores pobres urbanos en Chile y Ecuador en cuanto a la (falta de) contacto, comunicación y interacción con el 'destinatario' político y en la sociedad como éste lo encarna, y el rol y la 'identidad' que asumió este destinatario, influyen su actual percepción sobre cómo dirigirle a él.

2. Las instituciones políticas en Chile: una tradición de decencia

Chile, antes de 1973, se ha denominado muchas veces como un 'Estado de Compromiso' (Garretón 1989). En un esfuerzo de listar sus caracterizaciones y sus consecuencias, se puede decir que fue un Estado que, por lo oficial, asumió como su responsabilidad redistribuir parte de la producción y la riqueza nacional, que se encargó del desarrollo de la nación, y un Estado que, por lo menos en términos de principios, dio lugar a, y fue sensible a los intereses de todas las clases sociales. Obviamente que variaba la disposición del Estado de ceder a los intereses y quejas del uno u otro grupo. Sin embargo, la idea que se mantenía viva era que las instituciones, las leyes, y el esfuerzo del Estado beneficiaría no a un solo -y siempre el mismo- sector. El Estado en los discursos oficiales, reconoció el aporte de los obreros de Chile, y su responsabilidad de proteger sus intereses, como también no negó su responsabilidad para los barrios pobres de la ciudad. Aunque esta 'actitud' oficial no siempre se tradujo en la práctica, no existió entre los estratos bajos de la sociedad chilena la impresión de que el Estado sistemáticamente les hizo caso omiso, y además creyeron que, en el caso contrario, tenían todo derecho de reclamar (Espinoza 1988). En segundo lugar, había una sensación de decencia y, por lo menos potencialmente, imparcialidad. Se pensaba que instituciones estatales también rindieron cuenta de

⁽¹⁾Ver Ernesto Laclau 1977.

sus decisiones y gestiones. El Estado, y sus dependencias, no eran instancias turbias, o sus acciones encubiertas. No eran cuevas de ladrones o cínicos, donde se enriquecían los funcionarios, sino instancias donde trabajaban gente competente. El Estado no era una cosa de mero usufructo de unos pocos intocables, sino que era 'de los Chilenos'. El Estado existió más allá de las personas, políticos y partidos que lo poblaban. Así fue comprobable donde las instancias estatales y públicas donde también los pobres Chilenos tenían que ir para despachar sus trámites de ciudadanos: fueron tratados con un mínimo de decencia y imparcialidad.

En tercer lugar, este Estado de Compromiso en Chile tuvo como característica que los partidos políticos fueron los intermediarios claves y *par excellence* para promover intereses, tanto de las clases altas y medias como de las clases bajas, y por otra parte fueron claramente distinguibles por su ideología, sus vínculos con clases o sectores del electorado específicos, y su posición en el espectro político izquierda/derecha. Esto, a su vez, tenía como consecuencia que los discursos dominantes de la izquierda respondieron a esquemas, divisiones y lenguajes políticos de la época: no fueron sobre 'pobres', 'pobladores' o 'marginales', sino sobre 'obreros' y 'socialismo' (Salman 1996, 1997). Fue entonces un discurso más ideológico que populista, o clientelista, o programático, ni hablar de pragmático. Esto, a su vez, inhibió los 'cambios de camisetas' que se vio mucho en otros países - un político de izquierda que se cambió a otro partido de derecha perdió en Chile, de una vez por todas, su credibilidad.

Este esbozo es, sin lugar a duda, una simplificación. Tanto atareandose una re-conceptualización crítica de este Estado de Compromiso (ver por ejemplo Garretón 1989, y Valenzuela 1991), como analizando más a fondo las prácticas políticas y de distintas dependencias del Estado, se llegaría a un resultado mucho más complicado y matizado. Sin embargo, creo en términos de la imagen que tenía este Estado y que tenían sus gestiones, y en términos de las consecuencias de ello en términos de sensaciones que tuvieron los Chilenos sobre ello, no estoy tan equivocado enfatizando dichas características. Para, mas específicamente, los pobladores chilenos, creo que las consecuencias fueron que el Estado no fue considerado enemigo, o una entidad que, por razones principales, nunca escucharía a los obreros, los pobres o los pobladores. Si el Estado no se preocupaba suficientemente por los pobres o los pobladores, fue por razones de balances de poder políticos, y no por razones de 'pertenencia' del Estado a los ricos o poderosos.

En segundo lugar, el Estado no fue una entidad incomprensible, enigmática, o impenetrable, ni tampoco hostil. Aunque fue difícil entender la política, por lo menos había una sensación de racionalidad, de rendimiento de cuentas, de un Estado que no fue caprichoso (Salman 1998a). En términos de quehaceres cotidianos, los Chilenos, y también los Chilenos pobres, tenían fe en el Estado, en los procedimientos, en el buen resultado de trámites correctamente despachados, en los tecnócratas trabajando en la administración del Estado (Silva 1996), y en los políticos y partidos representando intereses sociales. O, un poco menos fuerte: había más confianza que en la mayoría de los demás países Latinoamericanos; conclusión que también sacaron Parodi y Valenzuela cuando, comparando Perú y Chile, formularon que "para un 50% de los pobladores de Santiago, pero un 88% de los de Lima, los políticos carecen de legitimidad" (Parodi & Valenzuela 1993: 109). En cierto sentido, había menos distancia entre las capas altas, 'con poder de decisión', y las capas pobres y de trabajadores, que en otros países Latinoamericanos. La segregación social fue fuerte en la vida cotidiana, pero en términos de tener presencia y voz en lo político, y presencia y igualdad de trato en lo administrativo, no fue tan radical como en, por ejemplo, Ecuador.

Y finalmente, y a pesar de la gran influencia de los partidos políticos, inclusive el peso de sus discursos y rivalidades ideológicas, los pobladores solamente parcialmente internalizaron las ideas radicales sobre una revolución social, sobre una reforma total, o sobre cambios escatológicos y históricos. Tenían más confianza en la conquistabilidad política del Estado y de las leyes, y buscaban más bien la integración y el prestigio dentro de la institucionalidad estatal existente, que la aventura de un revuelto total (Espinoza 1988). Sin, embargo, si se creyó en la representatividad de los intereses de ciertos sectores sociales por medio de partidos de ciertas tendencias; se creó en la 'cercanía' de ciertas corrientes políticas como algo estable y confiable.

En suma, la confiabilidad política y pública fue mayor que en otros países latinoamericanos, hecho que estimuló una disposición de jugar por las reglas, una mayor aceptación de la legitimidad dada, y la búsqueda de formas legalmente, jurídicamente y institucionalmente correctas.

3. Cultura política en Ecuador: el patrón de patrones

El telón de fondo en Ecuador, mucho más fuerte que en

Chile, siempre ha sido que tanto las relaciones sociales como también las políticas fueron determinadas por dependencias personales. Este fenómeno frenó el desarrollo de una institucionalidad sobre-coyuntural y impersonal. Todavía la comunidad Ecuatoriana se base mucho menos que en Chile en relaciones entre ciudadanos, individuos con iguales derechos, o sectores sociales buscando su hegemonía, o su presencia política, sino a base de familias, clanes, ocupaciones, privilegios heredados, y, más que nada, en las *relaciones* que existen, y pueden ser usados por los actores sociales. El individuo como tal es algo negativo, no positivo: es una entidad sin relaciones.

En Ecuador, el funcionamiento diario de dependencias estatales nunca logró ser 'impersonal' o práctico. Siempre mantuvo su dependencia de los individuos concretos que poblaban estas dependencias. Individuos concretos son: individuos dentro de su red de relaciones. Estos funcionarios se empeñaban según su clan político, según sus relaciones familiares, según si llegaría a su despacho un amigo, un amigo de un amigo, o un desconocido, según también el estatus socioeconómico del cliente, la familia a que pertenecía, o su poder, o el poder de sus amigos. Fueron el *spin-off* de un sistema político en el cual los políticos fueron tomadores del poder más que ejecutores de programas dentro de un aparato más grande que ellos. Trabajadores estatales no se empeñaban en primer lugar como funcionarios de carrera, y no siempre según los procedimientos y reglas y preceptos, sino -en muchos casos- como gente que, por el período de un gobierno, estaban dentro del poder, dentro del lugar donde fluye dinero, o poder, o donde fluyen más puestitos para sus familiares. Trabajar dentro del Estado es hacer usufructo de tu posición mientras dure....

En el nivel político-ideológico, Ecuador se caracterizó por el ausencia de un claro perfil izquierda/derecha. Como la tradición política en Ecuador, mucho más fuerte que en Chile, tiene fuertes rasgos de clientelismo⁽²⁾, las relaciones entre electorado y políticos fueron cuestión de seducciones y cálculos, mucho más que de inclinación ideológica o pertenencia o reconocimiento clasista (Ibarra 1985). Candidatos a la alcaldía o a concejas municipales, o a la presidencia o la cámara de diputados, y sus partidos, antes de elecciones, van a los barrios con una

'oferta' de obras, consiguiéndose de esta manera apoyo electoral en los barrios. Un gran papel en esto juegan los líderes barriales: ellos son los intermediarios, y a su vez juegan el juego de sacar todo lo posible de los distintos candidatos, y, finalmente, 'van' con aquello que ofrece más, y quién, a la vez, está probable de salir elegido. Un barrio que votó ampliamente para un electo, puede conseguirse cosas. Un barrio que no, puede tratar de mostrar su lealtad post-factum, o olvidarlo. Un sector social, como tal, es un sujeto no-existente para la actitud beneficiaria de un mandato. Su 'amor para los pobres' es 'incobrable' para los pobres. Los partidos que tienen fuerte, y más o menos estable apoyo de ciertos sectores electorales, por su posición firme en el espectro izquierda/derecha, casi no existen en Ecuador: casi todos los 8 últimos presidentes fueron de partidos distintos, solamente el último, Jamil Mahuad, es de un partido que antes tenía como presidente a Osvaldo Hurtado, la Democracia Popular, que es demócratacristiana. En Ecuador, partidos y cismas iban y venían.

No existe entonces una tradición de 'ser representado' por ciertos partidos o corrientes políticos en el Ecuador. No hubo ni hay afinidad ideológico o afectiva entre ciertas corrientes políticas y ciertas posiciones socio-económicas de sectores de la población (Pachano 1996: 44-49). En la relación entre partidos y sectores electorales, como en todo el universo social de Ecuador, todo depende de relaciones personales; no es el programa, o la doctrina de un partido que convence, sino la personalidad de su líder. En Chile he escuchado pobladores que me dijeron que *a pesar de que no me gusta el líder actual* (de una organización o un partido), *igual me quedo con ello, porque es mi partido, y siempre he estado militante*. Hay entonces una lealtad más allá de la persona liderando la entidad política o organizativa. En Ecuador, eso es casi impensable.

La consecuencia de este tradición de vínculos *ad hoc* entre pobladores, sus organizaciones, y el 'universo político' es que se confíe muy, pero digo muy poco en lo político. Un político, o incluso un partido, fiel a sus principios se da, según los pobladores en Ecuador, casi nunca. Como tampoco se da políticos y partidos que no se apoderan del Estado como si fuera su patrimonio. Además, los electores tienen poco poder de infundir que 'se cumpla'. Solamente a base de presionar y protestar,

⁽²⁾No quiero entrar aquí en el extenso y complejo debate sobre clientelismo, pero si quiero enfatizar que una conceptualización que solamente enfoque sobre la unidireccionalidad y estabilidad de relaciones clientelares me parece equivocado. Ver Menéndez-Carrión, Amparo, 1986, *La conquista del voto en el Ecuador*, Quito: Corporación Editora Nacional, y también la discusión sobre clientelismo colectivo (que sí permite organización e identidad colectiva horizontal) de Gerrit Burwal 1992.

en base de la 'obligación' que se creó con votos dados, y nunca a base de jugar por la integridad, la convicción política o algún elemento moral o ideológico, es posible 'recordar' a los políticos que han hecho promesas. Pero muchas veces con poco éxito; *Los presidentes cuando entran hacen votar a los pobres, mundo-de-pobres somos... votamos...entran.... y dónde están los pobres?...ni se acuerdan* (Omar, Quito, 30-8-1997)

Como consecuencia, no la actitud, y no el principio o compromiso político con lo cual uno puede identificarse y que se ve reflejado en la gestión, sino la cantidad de obras realizadas suele ser el criterio para juzgar sobre la gestión de un político. O sea: un hipótesis preliminar incluso puede ser que es justamente en sociedades en las cuales la institucionalidad Estatal es en alta medida inescrutable, donde la obsesión con obras es lo más fuerte. Llama la atención que en Ecuador, mucho más fácil que en Chile, un político puede sobrevivir escándalos, acusaciones de corrupción, y 'cambios de camiseta' (ver Pachano 1990: 73/74). Siempre es posible su *comeback*, cuando el logra reconquistar una posición desde donde el puede hacer promesas creíbles. No la tendencia política de sus discursos, sino su credibilidad personal hace que la gente vote a su favor. Su credibilidad, se necesita añadir, es una cosa muy compleja: en el mundo de lo público, y según el discurso y la agenda abierta de la gente, se trata de su integridad, honestidad, y su 'preocupación veraz para los pobres'. Más abajo, sin embargo, se trata también de la fé que tiene la gente de un barrio, o de un clase social, en que va a entregar lo que prometió, no en su gestión políticamente evaluable, sino en obras.

Como consecuencia, la percepción de las instituciones-sin-que-se-conoce-la-gente-poblándolas, es que son imprevisibles, e inconcebibles y herméticas, y es mejor eludirlas a lo posible. No reina lo transparente, la ley, los reglamentos, y los plazos 'normales', sino lo inseguro de poder influir o no las cosas por medio de relaciones o tratar de establecerlas.

Y la institucionalidad política es concebida como un mundo mucho más allá del poder de influencia de uno. La percepción de "los circuitos de toma de decisiones, o *loci* de poder (es que son) opacos, misteriosas y redes escondidas, que usan lenguajes excluyentes" (Lehmann 1990: 106). Y este contribuye a que para los pobres Quiteños la ciudad 'oficial' tanto como el Estado sigue siendo un laberinto, un extraño ambiente, lleno de peripecias, donde solamente las estrategias de afirmar la autoridad y dignidad de los poderosos, o sea: confirmar las relaciones, en este caso de dependencia, sirve para

obtener bienes, ni hablar de derechos (Ibarra 1995: 19). No se percibe la institucionalidad política, ni el espacio público, como transparente, o fundado en procedimientos unívocos. Allí no funcionan 'derechos', ni la posibilidad de tomarle la palabra a la gente. Es un mundo donde uno solamente tiene acceso por amistades, y si estas te faltan, por suplicas. Es un mundo que es otro mundo.

4. Como perciben Chilenos y Ecuatorianos chances, riesgos y derechos dentro del orden social que impuso su Estado?

Siguiendo exagerando los contrastes, creo que se puede defender lo siguiente: en Ecuador tiene menos peso la ley, la regla, el procedimiento claro y siempre-igual, las expectativas *a priori* a base de conocimiento sobre derechos y procedimientos. En Ecuador es muy débil la confianza en la imparcialidad y profesionalidad de funcionarios públicos. Y en lo social, los con poco poder dependen de la arbitrariedad, o, en una idioma más común, de las regaladas ganas de los que disponen sobre su trabajo, la escuela donde van sus niños, el terreno donde construyeron su casita, o el formulario que necesitan para despachar su trámite. El resultado de esfuerzos y iniciativas es siempre inseguro, y por ello la manera para proceder es improvisada en cada oportunidad.

Por lo tanto, la flexibilidad, y la competencia para maniobrar en circunstancias caprichosas es grande, mientras que el reclamo por derechos, por transparencia, por igualdad, por recibir lo merecido, es débil. *Nosotros los Ecuatorianos*, me dijo un entrevistado, *si nos quejamos, pero no reclamamos*. Para obtener un préstamo, para que tu hijo tiene acceso a alguna escuela o universidad, para que te arreglen algún asunto en la municipalidad, te sirven -y solamente te sirven- tus palancas, amigos, intermediarios - y muchas veces, incluso, puedes tratar de movilizar tus superiores en tu trabajo. Me contó un poblador de Quito: "si no tienes palancas, si no te llevas con uno de los altos jefes, no puedes encontrar un trabajo, no puedes desenvolverte, aunque sabes bien dominar tu trabajo". Sin dependencia personal, aún en el Ecuador de los noventa, estás mal (cf Lehmann 1990: 102). Por ello, gente pobre trata de evitar los enfrentamientos 'no-personales' entre la ley y sus representantes y ellos mismos, porque saben que

solamente relaciones personales pueden cambiar el inicial 'no' del ejecutor de la ley en un 'sí' para ellos. O sea: toda la vida es una enseñanza hacia la no-factibilidad de la igualdad ante la ley, y de lo insensato de insistir en sus derechos y su dignidad como individuo.

En cuanto a lo político, hay mucha tolerancia para las autoridades quienes no son tan honestas: hay confianza y admiración para ellos que tienen poder de decisión, que saben concretizar obras, o para estos líderes e intermediarios que 'están cerca del poder'. Se confíe en, y se admire, quienes con mucha astucia y destreza se mueven en la arena de jugar con las relaciones y sacarles provecho. Aunque el discurso suele enfatizar que líderes deben ser honestos y abiertos, en realidad no les importa mucho a la gente como proceden, mientras logran cumplir con cosas concretas.

Es sabido que en muchos países en América Latina los políticos, sobre todo dentro de los estratos sociales más bajos, son considerados como unos *hacerse-ricos* (Lehmann 1990, Barrera 1996, Parodi (ed) 1993). Sin embargo, en Ecuador podemos distinguir unos característicos más específicos. Hay una falta casi total de confianza en que en la política se trata de diferencias ideológicas, de principios, de visiones sobre cómo debería desarrollarse el país (Espinosa 1983: 64). Se considera la política como un avispero de gente-bien que luchan por sus propios intereses, sin que ellos respeten reglas o leyes. Más allá del esfuerzo incidental de conseguirse algo por el barrio, es mejor quedarse lejos de allí y de todo lo que representa su quehacer, como son las dependencias estatales, las fuerzas de orden, la justicia y la gorda que se arma en sus peleas. Los políticos, una vez electos, "empiezan a hacerce lo contrario.... es cosa de entre los políticos... y haya pasado lo que haya pasado, nosotros seguimos trabajando porque nosotros tenemos que mantenernos por medio del trabajo... allá los políticos verán lo que se hace, porque nosotros... francamente no podemos opinar nada..." (Aron, Quito, 22-8-1997). Y otro vecino añadió: "La política es bien sucia, aquí decir 'político' es decir 'ladrón con título'....hay tal vez políticos con ideales, pero en el camino se corrompen..." (Heinz, Quito, 27-8-1998). Además, "se tapan entre ellos, para ellos no hay justicia..." (Guillermo, Quito, 30-8-1997).

Ya mencioné que la gran mayoría de los Ecuatorianos concordaban en que "todos son iguales", o sea: que el partido, o la corriente política, importaba mucho menos que el hecho de pertenecer al 'sector' de los políticos. Comentarios a favor de uno u otro político casi siempre fueron relacionados con el hecho de haber 'dado' algo al

barrio. "Tal y tal político sí fue bueno, porque nos dio...". En torno a la pregunta como sería posible influir el mundo político, casi siempre la respuesta fue que "preguntando apoyo, pedirle a un político que nos ayude con tal y tal cosa...". Otra vez estaba casi siempre ausente un idioma que fue sobre cosas más allá de alguna obra de alguna vez.

No voy a negar que también me encontré con vecinos más politizados, con discursos sobre corrientes políticas y sus características, y sobre políticos que supuestamente hicieron algo para los pobres; vecinos además dispuestos para luchar para alterar decisiones que perjudicaban a los pobladores. La gran mayoría, sin embargo, expresó un distanciamiento del mundo político que va mucho más allá que la brecha casi considerada 'normal' entre vocabularios distintos, clases sociales distintas, y competencias distintas. Se trata de una imagen de lo político como algo intrínsecamente sucio, opaco y hostil a la gente común y corriente. Estaba ausente una evaluación a base del contenido, de sustancia política, de ideas y de convicciones. También en cuanto a la relación que pudieron tener los vecinos con tendencias políticas, debates entre posiciones, o temas y controversias políticas, se observó un hiato casi completo. Lo político era como un bloque *frente* a la gente, no algo que les incitaba a opinar, algo de que fueran parte, algo dentro del cual se pudiera distinguir. El efecto para la eventual participación en acciones colectivas es que, como lo político es casi algo en lo cual operan meros mercenarios, la gente también suelen participar en organizaciones barriales como mercenarios. O sea: uno asume riesgos por el pago probable, sin preocuparse mucho sobre el idealismo, los motivos, la convicción de los que inician la acción, o el marco político dentro del cual se da la lucha. Entregarse a una acción, a un compromiso, a una meta, no se hace por fe en lo bueno o noble de la causa, sino por el resultado favorable de un cálculo a base de factores bien prozácicos: el peso del líder, los contactos con intermediarios o patrones, y/ o con la prensa, la masividad de la movilización, el *momentum* de la situación, y el riesgo de la militancia. No estoy acusando a los vecinos ecuatorianos de oportunismo o, peor, cinismo, ni mucho menos. Aquí no se trata de la pérdida de integridad personal o político, o de falta de sinceridad en el comportamiento de uno, sino de un estilo de armar acción colectiva a la par con un sistema político que, en el ojo de los vecinos, hace caso omiso de lo más mínimo de continuidad de convicciones, respeto para reglas y leyes, compromiso con la igualdad ante la ley, y de recompensa para rectitud de actitudes.

Políticos no son meros *hacerse-ricos*, son representantes de un mundo donde está ausente la honradez y el comportamiento desprendido, un mundo que es inescrutable e incluso peligroso, un mundo donde solamente (aparte de palancas, amistades, coimas y suplicaciones) se entiende el idioma de la fuerza y la amenaza, pero que a su vez puede devolver la arremetida con golpes, despedidos del trabajo, o otras represalias. Si no es por estar convencido de tu fuerza momentánea, mejor quedarse lejos de este mundo. Es una fosa de leones, y los sin uñas y colmillos mejor guardan distancia. La misma sensación vale para las dependencias estatales: aunque la gente que trabaja allí son tan dependientes del antojo político como uno, mientras que manden allí suelen comportarse como la encarnación de la misma crueldad e indiferencia. Lealtad más allá del pago inmediato, saldar cuentas más allá de la obra que se realizó, es una cosa que solamente se da por relaciones que vienen con obligaciones morales - y los vecinos no tienen tales relaciones con el mundo de los políticos, ni con el mundo de las instituciones. Por ello, integración en alguna agrupación con más carga que la esperanza de resultados inmediatos es insensato.

En suma, se observa que una afinidad política más de fondo, una sensación de pertenencia a posiciones y designios políticos, una percepción de sentirse representado apenas existe en las deliberaciones sobre acción colectiva, porque no hay confianza en la pronosticabilidad del comportamiento de políticos, y no hay reconocimiento de la sincronía de discurso y actitud política. Esto a su vez tiene como consecuencia que fue mucho más difícil preconstituirse como sujeto colectivo frente a sus representantes políticos como, por ejemplo, en Chile; más bien el sujeto "se constituye a través del otro" (Parodi & Valenzuela 1993: 110), y no es el programa político, sino lo que representa el protector anhelado por los sectores populares, lo que establece la relación (idem: 111). Percepciones sobre lo colectivo en términos de clases son débiles (Espinosa 1983: 65ff).

En Chile no reinaba -estoy hablando de antes de 1973- un Estado de Derecho como en las sociedades occidentales. Sin embargo, las diferencias con la sociedad ecuatoriana son notables. En primer lugar, el porcentaje de trabajadores en industrias, con contrato fijo, era mucho más grande que en Ecuador, proveyendo mayor peso a un modelo organizativo sindical. Mientras que en Ecuador los trabajadores, por condiciones de temporalidad, inestabilidad, precaria y dependencias personales apenas lograron influir, por medio de sindicatos, la relación entre estratos trabajadores y lo

político, en Chile la identidad y el ejemplo sindical contribuyeron a una promoción de intereses impersonal y institucionalizado de mayor alcance.

También influyeron en Chile factores como la mayor escolaridad y alfabetización, lo que indirectamente estimuló una mayor construcción de 'identidades compartidas' a base de lectura, y luego, organización endógena. Organizaciones que, a pesar de depender de la intermediación de partidos políticos, contribuyeron a la conciencia de poder y derechos. Organizaciones, además, que en muy pequeña medida reflejaron una estructura corporatista-vertical y *class-crossing*, ni mucho menos basado en dependencias interpersonales, como fue el caso en Ecuador.

El funcionamiento del Estado, además, contribuyó al fortalecimiento de la percepción de un nivel de gestión 'neutro', que no obedecería a grupos, clanes o clases específicos, sino que garantizaba el despacho, gestión y implementación de reglas, procedimientos y normas más o menos autónomamente, y donde calificaciones se impusieron sobre lealtades personales. Este ayudó la legitimidad de la autoridad pública.

A pesar de que la movilidad social nunca fue una verdadera oportunidad masiva y abierta, la creencia en subir hacia 'decencia' fue fuerte en Chile. Sin poder tocar, ni percibir, la estructura y distribuciones de propiedades en Chile, donde pequeños grupos dominaban gran parte de la industria y mundo bancario (Cubitt 1988: 169), muchos Chilenos 'humildes' creyeron en su chance real de conseguirse una vida decente, por medio del esfuerzo, de promoción de intereses colectivos, y por legislación promovido por sus representantes políticos afines.

Aunque a nivel barrial nunca se formó un movimiento político-social independiente, sí se observó en Chile que cuerpos representativos de distintos barrios sobrevivieron el cambio de líderes y de gobiernos y no resultaron completamente dependientes de intermediarios específicos o protectores o padrinos específicos. Su estatus y reconocimiento legal ayudó a esta continuidad y institucionalización de organización y la formulación de demandas barriales. Facionismo a base de lealtades personales y relaciones clientelares, y la consiguiente discontinuidad y *ad hoc*-quismo, resultaron menos devastadora que en Ecuador.

El Estado, por su prestigio y peso, resultó más formativa de la sociedad civil que en Ecuador, o sea; dejó menos caminos de escape de sus regulaciones de subjetividades e identidades, y orquestaciones de interacciones sociales (Schild 1998: 97). Inclusión, o por lo menos la ilusión de inclusión y acceso al Estado, fue acompañado por

legislación sobre representación, sobre marcos de arreglo de conflictos, sobre compromisos impuestos entre contrincantes, y sobre el contenido y alcance de derechos; legislación que a su vez impactó sobre prácticas y culturas de convivencia y representación.. Como consecuencia, en Chile quedó menos espacio para pluralidad cultural y de *ethos* que en Ecuador. El Estado tenía la fuerza y el prestigio de imponerse, mucho más que en Ecuador, y fue *mundo ajeno* en menor medida que en Ecuador. Paradójicamente, con más influencia estatal sobre las reglas de juego dentro de la sociedad civil, resultó una sociedad civil más fuerte y consolidada que en Ecuador.

A su vez, esto tenía como efecto que el populismo, en el sentido de alianzas policlasistas alrededor de un líder supuestamente carismático, basándose en sentimientos anti-oligárquicas (De la Torre 1996: 67, De la Torre 1998), apenas floreció en Chile⁽³⁾. El Estado tenía ese prestigio justamente por no pecar de la imagen de que fuese la propiedad de un elite intocable. Este tenía su correlato en un trato más o menos digno y sin diferencias chocantes de todos los Chilenos por parte de los dependencias estatales. Declarar el nacimiento de tu hijo, pedir licencia para una tiendita, inscribirte en el registro electoral, todos estos trámites no fueron calvarios de maltrato y desairamiento, ni in vanos búsquedas de reconocimiento de tu dignidad como ciudadano Chileno. A pesar de grandes abismos socio-económicos, todos los Chilenos tenían que entenderse con las mismas reglas y normas - así la creencia generalizada.

5. Organizarse en Chile y Ecuador: adaptaciones del pasado y del presente

"(Los nuevos movimientos sociales) están centrados en la ampliación de derechos o en la vigencia de regulaciones constitucionales, incluso del siglo pasado. Es decir que estos actores orientan su acción hacia el restablecimiento de la ciudadanía política y la vigencia del Estado de derecho", ha dicho Calderón (1995: 110). Creo que esta afirmación es demasiado general, y que olvido tomar en cuenta que movimientos y organizaciones sociales no solamente *demandan*, sino que *demandan*, y se organizan, de acuerdo con memorias colectivas y

condiciones externas, que reflejan y reproducen la especificidad y/o ausencia de la vigencia de ciudadanía en el mismo acto de exigir su ejecución. La consecuencia de la tradición político-cultural en Ecuador ha sido que asociaciones y organizaciones y movimientos defendiendo los intereses de los pobres en muy pocas ocasiones asumieron un perfil ideologizado, con representación ideologizada en el mundo político, y que muy pocas veces se basaron en un claro concepto de derechos, o la vigencia de un Estado de derecho. En términos de modelos de organización auto-diseñados, de continuidad en los conceptos ideológicos, de auto-identificaciones con rasgos culturales asertivos, o de basarse en la noción de derechos, existe poca tradición en Ecuador. Más bien, la lucha ha siempre sido por los amistades-que-dan-acceso, o las relaciones-personales-que-producen-favores, rasgos de organizaciones que provocaban militancias mercenarias. Y esta es una herencia de la cual cuesta deshacerse, aún cuando desde el mundo de las instituciones estatales o, en otros casos, municipales, llega un mensaje diferente, un mensaje que suena como la despedida del patrón clientelar.

En Quito, en los últimos años, se ha podido observar una nueva manera de 'manejar la ciudad'. La administración del alcalde Jamil Mahuad, actual presidente de Ecuador, ha tratado de romper con el esquema de clientelismo político. No es mi tarea aquí de juzgar sobre intenciones y estrategias detrás de nuevos discursos y prácticas, sino intento de reconstruir algunos aspectos de un nuevo tipo de interacción entre dependencias municipales y organizaciones representativas de barrios pobres, sobre todo en el sur de la ciudad. La administración de Mahuad, sin lugar a duda, ha hecho un esfuerzo de romper con el patrón de entregar *favores* a los 'clientes' más leales hacia su candidatura y gestión, y con el patrón de actuar a base de relaciones dadas entre actores asimétricos. Ha tratado, en cambio, de gestionar a base de criterios más explícitos e impersonales, más objetivos, en lugar de cancelar apoyo político con 'obras'. Además, ha tratado de reunir y concertar distintos grupos y sectores dentro de barrios y, conjuntamente con el municipio, ha tratado de diseñar políticas de desarrollo y urbanización, bajo el lema de la *planificación comunitaria* (Burgwal & Saenz 1997).

Dejando al lado en el contexto de esta exposición los

⁽³⁾Estoy conciente de que, refiriéndose a Chile, se ha hablado mucho sobre populismo, sociedad civil debil, la elección de Ibañez en 1952, y *brokerism*. Por razones de contraste, sin embargo, me conviene aquí sugerir que Chile pecó mucho menos de estas características en su formación de nación.

logros y éxitos del nuevo enfoque (los había muchos), aquí quiero enfatizar que, aparte de problemas prácticos y técnicos, y de coordinación interna entre las dependencias municipales, y de choques con funcionarios y concejales cargados de compromisos de tipo clientelar con algunos barrios, también se presentaron varios problemas de índole más bien cultural. Aunque se notó que aumentó la motivación para desarrollar planes y prioridades barriales, y se logró incluso un aumento en la participación de los vecinos, a la vez estos vecinos no estaban dispuestos de dejar de lado su criterio de siempre para evaluar una gestión municipal: cuántas obras, en cuánto tiempo, para *su* barrio, se concretizaron. Dicho de otro modo, se notó que algunos barrios muy pronto se cansaron de tanta reunión y deliberación, si el municipio no entregó, de forma concreta y rápida, visibles y palpables resultados en la forma de mejoramientos infraestructurales, jardines para los niños, casas comunitarias, asfaltado, alumbramiento o su mantención, etcétera. Solían interpretar su presencia en las múltiples reuniones convocadas por el municipio como muestras de apoyo al alcalde y su partido, y en cambio exigieron resultados concretos - aunque fuesen lanzados unilaterales por la unidad municipal de Obras Públicas. Fue obvio que no confiaron en la continuidad de la seriedad y actitud colaboradora del municipio, ni en una interlocución con el municipio que también en el futuro les daría acceso - en lugar de ello, preferieron cobrar inmediatamente.

A la vez, se observó que los grupos de representantes barriales que participaban en todo el proceso de la Planificación Comunitaria perdieron su legitimidad en su propio barrio si no supieron traer dentro de poco tiempo algunas obras - aunque fuesen de poca prioridad para el barrio. La valorización de las otras dimensiones, como ser considerado como interlocutores en la planificación, participantes en el desarrollo planificado de su barrio, portadores de derechos ciudadanos en la forma de merecer infraestructuras decentes y a la par con las de otros barrios más adinerados de la ciudad, quedó atrás con la valorización de resultados más inmediatos y avariciosos de corto plazo. Se observó también que, por su parte, muchos representantes antes mencionados, dentro de este proceso de planificación comunitaria, una y otra vez trataron de construir relaciones de índole patronal con los representantes municipales. Trataron de establecer con ellos relaciones más personales y 'de confianza', para a base de estas relaciones lograr que un representante se 'obligaba' a hacer un esfuerzo extra y fuera de lo planificado, para la consecución a corto

plazo de una obra específica para, otra vez, *su* barrio. La experiencia de siempre había enseñado a tales representantes barriales, que provenían de trayectorias como líderes barriales en muchos casos, que "las obras sin padrinos no salen..." (Burgwal & Saenz 1997: 20). Además, estos representantes barriales tenían dificultad de adaptarse a un nuevo vocabulario de interacción con el municipio, que casi no lograron traducir en un nuevo discurso hacia su base en el barrio. Una y otra vez repitieron, en su barrio, un discurso que fue una mezcla entre amenazas hacia el municipio, y ponderar sobre su intimidad con 'los que tienen poder de decisión'. En los encuentros con el municipio, en cambio, ya no usaban este lenguaje porque lo sintieron como obsoleto. En el barrio, sin embargo, para ellos fue mucho más difícil explicar de qué se trataba la planificación municipal, y por ello reincidieron en un discurso proveniente del pasado clientelar.

Llamó la atención que para muchos vecinos una actitud municipal dentro de la cual la provisión de infraestructura ya no era una gracia, llegando desde un inescrutable instancia que de esta manera les agradecería por su apoyo electoral, sino una obligación municipal, que debería ser bien planificado conjuntamente con los vecinos, era una novedad que les costó entender. Es más, les costó entender que el funcionamiento correcto y sistemático del municipio pudiera, a largo plazo, dar mejores resultados para su barrio que una persona benévola ocupando - aunque fuese por un solo período gubernamental - una posición de poder dentro del aparato. Si no fuera por una relación que tenía compromisos con el barrio, ¿cómo obtener resultados? El proceso de adaptación de la lucha por obras en el barrio, entonces, fue laborioso. Organizaciones que antes dependerían exclusivamente de su contacto, su *relación*, con alguien dentro del aparato para conseguir cosas, sea el mismo líder o algún *broker*, y que florecían con una relación fructífera y cayeron con una relación roto, ahora perdieron su fundamento de siempre. En lugar de oscilar entre el cáustico discurso de confrontación (para los casos que se tardó la entrega) y el discurso de adular y alabar al político que estaba a punto de proporcionar alguna obra, por su 'compromiso', su 'rectitud' y su 'integridad', en ambos casos evitando responsabilidad y competencia para ser co-autores del diseño y implementación de los trabajos de infraestructura barrial, ahora la municipalidad invitó a una actitud de colaboración, y mostró como se funcionaba la toma de decisiones desde adentro. No fueron raras las veces que voces del barrio acusaron al municipio de cooptación y

rehuso de responsabilidad, y las quejas en cuanto qué complejo fue la transparencia fueron múltiples..... *Si hemos experimentado (otra actitud de parte del municipio. TS), sino que el fallo, como siempre todas las cosas... es que el municipio y los otros organismos son... funciona la burocracia que no está competente, no tan eficiente, entonces resulta que nosotros planteamos lo que nosotros necesitamos no, ¿pero que pasa? Se demoran tanto o nos mandan a hacer tantos papeles que al final... "Después", nos dicen, "después de tal mes, después de tal año, después así". Entonces se demoran bastante, no.* (Patricia, Quito, 17-9-1996)

Por otra parte, Ecuador, como los demás países latinoamericanos, se está moviendo en la dirección de una economía más abierta, más 'liberal', y con un Estado más chico. Aunque no tan unívoca como en Chile o Argentina, Ecuador también está en un proceso de despedirse del *Estado de mal-estar social*. Los efectos sociales no se han dejado de esperar: creció el número y el porcentaje de la población viviendo en pobreza (Larrea 1990), creció y asumió nuevas formas la violencia callejera, emergieron nuevas formas y dimensiones de corrupción, y llegaron con más peso nuevos productos y 'mensajes' culturales a Ecuador. Todavía no se diseñó en Ecuador un programa de ajuste social, para suavizar los efectos del Ajuste Estructural, como el FOSIS en Chile y sus parejas en Colombia, México o Brasil. Las posibilidades de parte del gobierno de subvencionar gastos de vida elementales, o de mantener vigente viejas medidas de atenuar, de parchar o de apagar, han disminuido. Sin embargo, los efectos de este 'Estado Retirante' son menos chocantes que, por ejemplo, lo fue en Chile. Los beneficios del Estado en Ecuador siempre han sido escasos, magros, y, más que nada, imprevisible, de este modo refutando la incumbencia del Estado de hacerse cargo de tales necesidades sociales. Un Estado neoliberal es un Estado más insensible a las necesidades de los pobres, pero no más imprevisible en el soporte que de él reciben. Un Estado que desde siempre fue peor en su gestión de *mal-estar* tiene menos problemas acostumbrar a su pueblo a las nuevas reglas de desprotección, que un Estado que en el pasado sí tenía instituciones para canalizar y satisfacer las expectativas de bienes proveído por su carácter de *mal-bien-estar*. Un Estado neoliberal no es interlocutor a base de reconocimiento de deberes sociales, de asumir papeles en la solidaridad intra-nacional, de reconocimiento de

clases sociales y sus intereses. Para los Ecuatorianos, sin embargo, no es tan nuevo un Estado que 'abandona' a sus súbditos más vulnerables. Para Chile, sí lo es.

En Ecuador, los pobladores te dicen: *Mira lo pobre que somos*. En Chile, más bien te dicen: *Mira lo pobre que nos tienen*. En Chile, empezando durante la dictadura y consolidándose después, el Estado dejó de prestarse para asumir responsabilidades para el arreglo de conflictos sociales o la redención de demandas sociales. La asistencia directa hacia grupos en carencia ha disminuido o por lo menos es más focalizada. El discurso sobre responsabilidad estatal para la equidad social ha desaparecido. Además, en términos de oferta de empleo, de subsidios a sectores pobres, y de legislación explícitamente protectora de los sectores populares y trabajadores, el Estado, en los ojos de los afectados, se ha 'retirado' (Barrera 1996: 76). Ya no es el Estado que se siente responsable para repartición de riqueza nacional, y mucho menos responsable para la provisión de servicios públicos que no tienen su recuperación económica (Rodríguez *et al* 1997: 60ff). La intervención del Estado en asuntos socio-económicos ha disminuido⁽⁴⁾, y la administración de distintas esferas sociales, políticas, y económicas se ha 'autonomizado' de deliberaciones político-ideologizadas. Se han técnicado las instancias responsables para todas las dimensiones específicas de la administración (*idem*). A la vez, el Estado legitima su gestión ya no en términos de su benevolencia social, o su 'justicia', sino en términos de la 'responsabilidad' con que toma sus decisiones, la 'sensatez' de su política, y la libertad-cum-responsabilidad que tienen los *ciudadanos* de ser económicamente emprendedores (Schild 1998: 99). Desapareció su rol como instancia integradora, la instancia de encuentro y convergencia de 'lo nacional', y la instancia de amparo para la 'chilenidad' de todos (Bengoa 1996: 93ff).

Pero, 'desde abajo', no todo lo vinculado con el Estado-de-antaño desapareció. Lo que se mantuvo es la confianza, aunque sea con dudas y matices, en la decencia de los políticos y funcionarios. Obviamente hay quejas, acusaciones, y se escucha a menudo, entre las clases populares, las palabras como 'mentirosos', y 'cúpulas-que-no-tienen-idea'. Sin embargo, los Chilenos en su gran mayoría no creen que alguien se meta en política para hacerse rico. Y creen también que la gran mayoría de los funcionarios públicos son preparados para su trabajo, que son, en primer lugar, profesionales, y que

⁽⁴⁾Un elemento llamativamente ausente en el argumento de Rhoda Rabkin, cuando trata de ilustrar que el Estado Chileno post-dictatorial no es 'a tutelary democracy' (Rabkin 1992/1993).

no es la regla que se discrimine, o que se burlen de los pobres que no saben como hacer con sus trámites, o que no han logrado un ingreso y prestigio que les daría la colocación para insistir, verbalmente correcta, en sus derechos. O sea: todavía creen en su Estado como una instancia decente. Esta decencia, sin embargo, ya no se traduce en abordabilidad estatal, en una actitud estatal en la cual reconocen protección y estima para ellos. Este fenómeno es más fuerte entre las clases populares. Ellos viven la confusión de todavía esperar el respaldo del Estado, y experimentar, en muchas ocasiones, desprotección (Urmeneta 1994). Existe una tensión entre esta confianza aún vigente, y las experiencias bajo las nuevas modalidades del neoliberalismo. Les cuesta a los pobres Chilenos entender, y defenderse, bajo circunstancias de confianza en la honestidad y la preocupación Estatal para ellos, y por otro lado la arbitrariedad y lo caprichoso del mercado. El Chile de hoy es, más que en la memoria de los Chilenos, un mundo de incertidumbre y imprevisibilidad. Es esta memoria que alimenta el tono con el cual los pobladores expresan su consternación. No es un tono de fatalismo, de desaliento o de resignación, que se escucha más en Ecuador. Es un tono de indignación, de irritación, de desorientación, que testimonia que sus experiencias chocan con su criterio del 'debe-ser' del rol del Estado, y de las reglas del juego. Aún esperan, y cuentan con que el Estado no les 'abandona'. Escuché frases como: *que no nos olviden cuando esten haciendo todas estas modernizaciones, y grandes trabajos en el centro de Santiago, y negocios fructíferos...* Otra mujer me contó: *lo peor de todo es que este gobierno lo elegimos nosotros el pueblo, y es le están dando la espalda a su pueblo* (Josefina, La Pincoya, 19-11-96). Otra me dijo: *los políticos (después de las elecciones), se van olvidando... yo creo que les falta un poco de humanidad a los políticos* (Tatiana, La Florida, 10-1-1997). Es, entonces, una sensación de deber-poder llegar donde la política sin vehículo para concretisarla. Pero aún está presente, más fuerte que en Ecuador, la convicción que 'ellos' (los políticos) no *deberían* abandonarnos, *porque tienen la obligación de preocuparse de nosotros*. No es solamente 'que no nos dan', sino que va más allá⁽⁶⁾. Aunque no faltaban los ejemplos concretos, la queja no era en primer lugar que tal o tal promesa, para el barrio, u otra cosa puntual, no se cumplió. El tono era mucho más un sentimiento de abandono, de haber perdido el vehículo con que llegar,

aunque fuese solamente por un discurso reconocible, a la política. El Estado, y los políticos poblándolo, no cumplieron más con el rol de dar un espacio y una voz legítima a los sectores pobres. Su papel de integración por medio de discursos reconociendo el lugar, y el deber estatal de proteger, a los pobres, desapareció. Y la queja sobre este hecho no fue un mero lamento, sino que asumió tono de denuncia. La falta de respuesta y eco en el mundo político está afectando el auto-reconocimiento colectivo, como sector merecedor de la preocupación y atención de este mundo político. La interrupción de esta interacción está confundiendo y debilitando el auto-reconocimiento, lo que provoca la desintegración - no de lo social palpable y cotidiano, sino de lo social imaginado (Calhoun 1991), la pertenencia a una comunidad que debe su cohesión a su reconocimiento público, su voz política, su proliferación social. El efecto de desintegración se intensifica por la predominancia del mercado (Calhoun 1991, Bengoa 1996).

Ambas naciones pasaron, y están pasando, por cambios en el funcionamiento estatal y institucional. En ambos casos, les cuesta a los sectores pobres adaptarse a las nuevas reglas del juego. Sin embargo, la forma que asume es distinta.

Resumiendo -y simplificando a la vez- creo que se puede decir que el parámetro central en cuanto a la organización barrial en Chile era la *integración*, mientras que en Ecuador era la *obra*. En el Chile de antes de 1973, esta noción de integración tenía como complemento alguna idea de *proyecto* - y ahora esta ha desaparecido. En Ecuador la organización casi nunca ha tenido la asociación con algún proyecto para algún sector poblacional. Por ello, en Ecuador la adaptación a un Estado neoliberal, sin lugar para proyectos nacionales, ha sido más fácil que en Chile. En Ecuador, organizaciones, por el contexto en el cual surgieron y se desempeñaban, solían ser más *ad hoc* que en Chile, y lo siguen siendo. En Chile, por debajo del asunto puntual que es motivo para la organización, siempre hubo alguna afinidad colectiva. Antes esta identidad fue articulada B mientras tanto ya no. A los pobladores Chilenos les cuesta adaptarse a esta nueva realidad.

En Ecuador los pobladores (o vecinos) suelen, más fatalísticamente, concluir que los políticos les *olvidan* después de haber salidos elegidos. En Chile, en cambio, el planteamiento sobre el *abandono* de los políticos suele ser más una queja, y está pronunciada con indignación.

⁽⁶⁾ Me dio la impresión que la percepción de un *deber* del Estado, que en caso de negligencia produjo más indignación que lamento, es más fuerte incluso en Chile que en Perú (ver Pardodi & Twanama 1993: 59).

Pues, según los Chilenos pobres, los políticos tienen la obligación de no olvidarse de los pobres.

En tiempos de neoliberalismo, el Estado en Ecuador tiene por lo menos dos continuidades: el Estado es impredecible, hermético, y reinado por codicia, avaricia y deshonestidad. Además, como sugiere De La Torre (1998: 145/146), "parecería que la capitalización, sinónimo de privatización de empresas estatales, y el fin de los subsidios del gas, del teléfono, etcétera, darán los recursos necesarios para hacer "obra social". La reducción del papel social del Estado será compensada con la creación de clientelas políticas que se sientan beneficiarias directas del partido político en el poder". En lugar de "creación", yo diría más bien "prolongación". Pero aparte de ello, la conclusión sería que el Estado neoliberal presentaría las mismas condiciones e incertidumbres en torno a la conquista de obras sociales, que el Estado anterior, y los mismos obstáculos para una sensación de derechos o derechos colectivos. Organizaciones que tienen su cemento en lo compartido en términos de condiciones de vida y territorio van a seguir siendo frágiles, porque ahora como antes el Estado no reconoce representación estructurada o obligación hacia los vulnerables.

En Chile, en cambio, el Estado, según los pobladores, y más que nada los pobladores mayores, sigue siendo una serie de instituciones y obligaciones, que debería dar campo a la promoción estructurado de intereses, y que debería acatar los derechos de los menos poderosos. Es más difícil experimentar que la directiva de 'integración' ayudada por el Estado se está evaporando, que experimentar que la lógica ilógica de la concesión de 'obras' obtiene una 'ilógica' un poco distinta. Anteriormente, en Chile la sociedad civil estaba lo suficientemente estructurada por el Estado para poder utilizar los mecanismos abiertos para hacerse presente y obtener resultados a sus pedidos. Ahora parece lo suficientemente 'lento' para sentir y sufrir la pérdida de una regulación en la cual se sentía reconocido, pero a la vez no resulta lo suficientemente capaz para presionar el Estado de cumplir con su deber.

Conceptos y auto-identificaciones de los pobres urbanos de Quito y Santiago no emergen, entonces, 'desde abajo', sino como resultado de una interacción tanto de largo como de más corto plazo entre tradiciones político-culturales 'desde arriba', y la búsqueda desde abajo de promover intereses. Adicionalmente, el proceso de dar contenido a la noción de ciudadanía está fuertemente marcado por las prácticas cotidianas y las tácticas y estrategias de promover intereses que desarrollan los

pobres bajo circunstancias y parámetros político-culturales específicos. Todo esto tiene repercusiones para los modos específicos de organización popular. Las expectativas en torno a la organización barrial, las 'reglas del juego' en cuanto a cómo y por qué camino se busca resultados, y las motivaciones y dudas de los participantes son marcados por las memorias en cuanto a experiencias anteriores y las sedimentaciones de estas experiencias anteriores en las prácticas, creencias, identidades y ambiciones de los sectores urbanos pobres, y por el grado de consternación que sienten por experiencias actuales que en mayor o menor medida chocan con lo heredado.

Bibliografía

Barrera, Manuel

1996 Las reformas económicas neoliberales y la representación de los sectores populares en Chile, en: Estudios Sociales 88, trimestre 2, pp 69-90.

Bengoa, José

1996 La comunidad perdida - ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile, Santiago: Ediciones SUR.

Burbano, Felipe (ed)

1998 El fantasma del populismo - Aproximación a un tema (siempre) actual, Caracas: Nueva Sociedad.

Burgwal, Gerrit

1992 Collective Clientelism in Contemporary Quito, en Antropologische Verkenningen 11(2), (Utrecht, Holanda).

Burgwal, Gerrit & Alvaro Saenz

1997 Planificación comunitaria versus clientelismo político? El caso de Quito, ponencia LASA, Guadalajara, México, abril 17/19, 1997.

Calderón, Fernando

1995 Movimientos sociales y política - la década de los ochenta en Latinoamérica, México, Siglo XXI.

Calhoun, Craig

1991 Indirect Relationships and Imagined Communities: Large-Scale Social Integration and the Transformation of Everyday Life, en: Pierre Bourdieu & James S. Coleman (eds): Social Theory for a Changing Society, Boulder/San Francisco/Oxford: Westview Press, pp 95-121.

Cubitt, Tessa

1988 Latin American Society, Essex UK: Longman.

De la Torre, Carlos

1996 Un solo toque: populismo y cultura política en Ecuador, Quito: CAAP.

De la Torre, Carlos

1998 Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador, en: Felipe Burbado (ed): El fantasma del populismo - Aproximación a un tema (siempre) actual, Caracas: Nueva Sociedad, pp 131-148.

Espinosa, Malva

1983 El horizonte político-popular - Diagnóstico, demandas,

- participación y opciones políticas de un barrio popular en Quito, Quito: FLACSO, tesis maestría.
- Espinoza, Vicente
1988 Para una historia de los pobres de la ciudad, Santiago: SUR.
- Espinoza, Vicente
1993 Pobladores, participación social y ciudadanía: entre los pasajes y las anchas alamedas, in: Propositiones 22, Santiago: SUR, pp 21-53.
- Foweraker, Joe
1995 Theorizing Social Movements, London: Pluto Press.
- Garretón, Manuel Antonio
1989 The Chilean Political Process, Boston: Unwin Hyman.
- Ibarra, Hernán (coordinador)
1985 Políticas estatales y organización popular, Quito: IEE & FEPP.
- Ibarra, Hernán
1995 La cuestión de las identidades en Quito, en: Región (Cali), 3/4, agosto, pp 3-19.
- Laclau, Ernesto
1977 Politics and Ideology in Marxist Theory, London: Verso Books.
- Larrea, C.
1990 Pobreza, necesidades básicas y desempleo, Quito: INEM/ILDIS
- Lehmann, David
1990 Modernity and Loneliness: Popular Culture and the Informal Economy in Quito and Guadalajara, en: The European Journal of Development Research 2(1), June, pp 89-107.
- Mansilla, H.C.F.
1997 Tradición autoritaria y modernización imitativa - Dilemas de la identidad colectiva en América Latina, La Paz: Plural.
- Menéndez Carrión, Amparo
1986 La conquista del voto en el Ecuador, Quito: Corporación Editora Nacional.
- Pachano, Simón
1996 Democracia sin sociedad. Quito: ILDIS
- Pachano, Simón
1997 El congreso en el sistema político ecuatoriano, en: Simón Pachano (coordinación): Modernización de las instituciones democráticas: el congreso, Quito: FLACSO.
- Parodi, Jorge (ed)
1993 Los pobres, la ciudad y la política, Lima: Cedys.
- Parodi, Jorge & Walter Tvanama
1993 Los pobladores, la ciudad y la política: un estudio de actitudes, en: Parodi, Jorge (ed) Los pobres, la ciudad y la política, Lima: Cedys, pp 19-90.
- Parodi, Jorge, & Eduardo Valenzuela
1993 La política y los pobres de Lima y Santiago: una visión comparativa, en: Parodi, Jorge (ed) Los pobres, la ciudad y la política, Lima: Cedys, pp 91-120.
- Rabkin, Rhoda
1992/1993 The Aylwin Government and >Tutelary= Democracy: A Concept in Search of a Case?, en Journal of Interamerican Studies and World Affairs, 34(4), pp 119-194.
- Rodríguez, Darío, Luz Eugenia Cereceda, Guillermo Wormald & Danae de los Ríos
1997 Del Estado modernizador a la modernización del Estado: el caso Chileno, en: Estudios Sociales 94, 4/ trimestre, pp 55-73.
- Salman, Ton
1996 Culture and Politics in Chile: Political Demands in an >Apolitical= Society, in: Salman, Ton (ed) The Legacy of the Disinherited - Popular Culture in Latin America: Modernity, Globalization, Hybridity and Authenticity, Amsterdam, CEDLA, pp 221-245.
- Salman, Ton
1997 Tradiciones de promoción de intereses, habitus, política, y las vicisitudes de las organizaciones informales poblacionales en Santiago de Chile, 1973-1990, en: Procesos - Revista Ecuatoriana de Historia, 11 (2º Semestre) Quito, pp 69-89.
- Salman, Ton
1998a Culturas políticas e identidades colectivas populares urbanas - Los casos de Ecuador y Chile, in: Ecuador Debate 44, Quito, August, pp 207-226.
- Salman, Ton
1998b Nuevos movimientos sociales en América Latina: cambio, resistencia y multitemporalidad, in: Revista de la Academia de Humanismo Cristiano (3), otoño 1998, Santiago, pp 47-76.
- Sánchez-Parga, José
1995 Lo público y la ciudadanía en la construcción de la democracia, Quito: ILDIS.
- Schild, Verónica
1998 New Subjects of Rights? Women=s Movements and the Construction of Citizenship in the >New Democracies=, en: Sonia E. Alvarez, Evelina Dagnino & Arturo Escobar (eds): Cultures of Politics, Politics of Cultures; Revisioning Latin American Social Movements, Boulder, Colorado: Westview Press, pp 93-117.
- Silva, Patricio
1996 Studying Technocracy in Chile: What can be Learned from the Mexican Case?, in: Revista Europea de estudios Latinoamericanos y del Caribe, 61, diciembre, pp 39-64.
- Urmeneta, Roberto
1994 Opiniones de los pobladores respecto a la políticas sociales, Documento de Trabajo PET, no. 101, Santiago.
- Valenzuela, Eduardo
1991 La experiencia nacional-popular, en: Propositiones 20, septiembre, SUR, pp 12-33.
- Villasante, Thomas R.
1993 Introducción, en: La ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, pp 25-50.